

elena urrutia

qué escribe la mujer en méxico

“Cuando sea destruida la infinita servidumbre de la mujer. . . será poeta, ella también” ha escrito Rimbaud. Esa “infinita servidumbre” dista aún mucho de ser destruida y, sin embargo, en nuestro medio, hay mujeres poetas, mujeres novelistas, cuentistas, que escriben ensayos, crónicas, reportajes. ¿Que forman una minoría dentro del vasto campo de la producción escrita? Nadie lo ignora como tampoco se desconoce el pequeño porcentaje de mujeres en todas las áreas de la producción, del trabajo, de los estudios superiores, de los puestos de decisión, de los servicios. Sólo en ciertos terrenos la mujer es mayoría pero, ya sabemos, son únicamente aquellos que constituyen una extensión fuera del hogar al quehacer que tradicionalmente se ha hecho dentro de él: el servicio doméstico, la maquila en la industria del vestido, la enfermería, el trabajo social, la enseñanza primaria, etcétera.

Basta echar una mirada rápida sobre cualquier estadística de la distribución por sexos en no importa qué terreno. En la población estudiantil de la UNAM, por ejemplo, tenemos que en el año de 1976 el total de alumnos fue de 238,753 con 162,186 hombres (68%) y 76,567 mujeres (32%). Y sin embargo, a pesar de no ser más que un 32%, la cifra de mujeres aumentó en términos absolutos y relativos con respecto a las

cifras de 1970 en que las mujeres estudiando en la UNAM formaban un 24%.

En las escuelas tradicionalmente consideradas “masculinas” tenemos, por ejemplo, que en 1976 sólo el 2% de los estudiantes de la Facultad de Ingeniería fueron mujeres; en la Facultad de Medicina Veterinaria el 14%; en la Escuela Nacional de Arquitectura 14%; en la Escuela Nacional de Economía 20%; en la Facultad de Contaduría y Administración 23%.

Por otro lado, en las escuelas consideradas como tradicionalmente “femeninas” tenemos, siempre en 1976: en la Escuela Nacional en Enfermería y Obstetricia un 94% de mujeres; en la Facultad de Filosofía y Letras un 62%; en la Escuela Nacional de Trabajo Social un 88% y en la Facultad de Psicología un 62%.

En 1976, de un total de 998 investigadores, 699 fueron hombres con un 70% y 299 mujeres con un 30%. También en la UNAM y en el mismo año el personal docente se elevó a la cifra de 15,964 de los cuales 11,985 fueron hombres con un 75% y 3,979 mujeres con un 25%.

A qué vienen estas cifras, se preguntará, cuando lo que nos



interesa es la mujer que escribe: evidentemente nadie que escriba poesía, novela, cuento o teatro tiene que haber cursado antes ingeniería, economía, ni siquiera filosofía o letras. Las estadísticas anteriores no tienen más objeto que mostrar, en un campo como otro cualquiera —el de los estudios superiores—, la minoría que representan las mujeres con respecto a los hombres. No olvido las excepciones: en la Escuela de Enfermería y Obstetricia, en la Facultad de Filosofía y Letras, en la Escuela de Trabajo Social y en la Facultad de Psicología los porcentajes del estudiantado femenino son mayores; no hay que olvidar tampoco que éstas son carreras consideradas "femeninas" por tradición.

Virginia Woolf expone una brillante explicación que tal vez ilustra la génesis de la vocación de la escritora, de manera particular en la cultura anglosajona, pero que no aclara la escasa participación de la mujer en la producción literaria: la primera profesión que pertenece al orden de la cultura, es decir, al mundo exclusivamente masculino y que tuvo la capacidad de ejercer la mujer, fue la literatura. Y esto por razones meramente prácti-

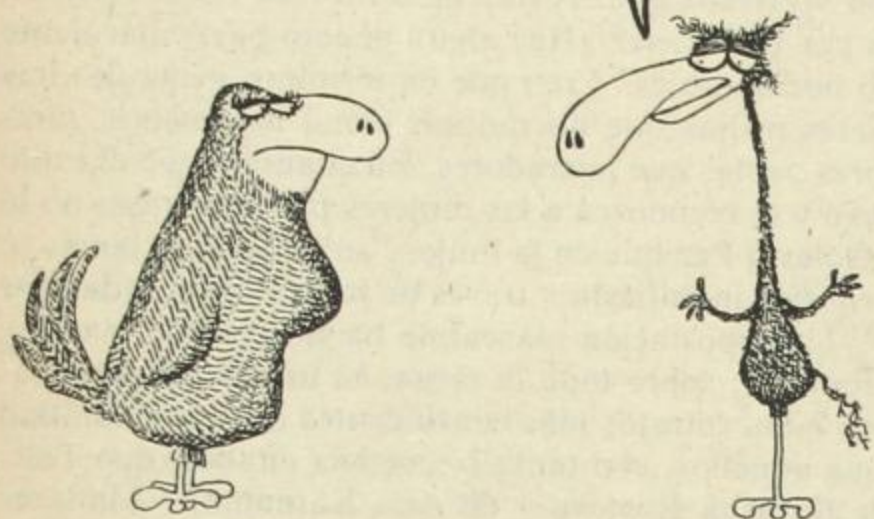
cas. En primer lugar, el instrumento de expresión de los géneros literarios es el lenguaje. Y desde muy temprana edad las mujeres aprenden, por lo menos, a hablarlo. Claro que del lenguaje oral al escrito hay una enorme diferencia cualitativa. Pero cuando la alfabetización dejó de ser un privilegio de ciertas clases y de ciertos grupos y comenzó a extenderse aun entre las clases populares, las mujeres aprovecharon esta ventaja y, en el caso de los países de religión protestante, otra: la frecuente lectura de la Biblia que les proporcionó una enorme riqueza de vocabulario y de imágenes, una colección de historias y de anécdotas heroicas, tiernas, atrevidas, llenas de vicisitudes y coronadas siempre por el triunfo de la justicia. Ahí estaba el modelo y por otro lado el deseo incontenible de imitar, de reproducir, instinto femenino si lo hay. ¿Qué faltaba? Papel, pluma: dos artículos que no son difíciles de conseguir en el mercado ni por su precio ni por los requisitos exigidos para su venta. Sobraba el tiempo libre. La vigilancia de los padres y los tutores era fácil de burlar, gracias a los siglos de tradición y de práctica de este deporte. Claro que era indispensable el talento. Pero el talento mimético es quizá el único que ni los zoólogos ni los otros especialistas en el tema han negado que poseen las mujeres, según Rosario Castellanos.

Por eso, continúa Virginia Woolf, es que hubo antes más escritoras que pintoras (¿cómo inscribirse a una academia de arte? ¿cómo contratar a una modelo para el desnudo sin causar escándalo? ¿cómo comprar un material caro, como son los colores, e importante como son las telas por el espacio que ocupan? ¿cómo procurarse un estudio cuando no se disponía de ningún sitio privado en la casa en la que no se reconocía a sus "amas" el derecho de la intimidad?) Y lo mismo puede decirse de las escultoras, de las músicas, de las aficionadas a la ciencia y detenidas desde el principio de su carrera por la imposibilidad de adquirir una técnica.

En cambio, las escritoras prosperaban. Esto último es válido para la lengua inglesa como es válido también la frecuentación de la Biblia. En nuestro medio, exceptuando estas dos salvedades y algún matiz en la exposición de Virginia Woolf que la ubica claramente en la Inglaterra de la primera mitad de este siglo, es perfectamente transferible lo expuesto por la gran novelista inglesa. Pero, repito, su explicación ilustra específicamente cómo puede generarse una vocación literaria en la mujer, pero no aclara, entre nosotros, el porqué son tan escasas las escritoras, y su obra, por lo general, tan restringida.

Una de las causas que Mary McCarthy analiza para desentrañar la aparente disolución, si no es que la extinción de la novela con-

¿Y ESO DE QUE A FIN DE AÑO VAMOS A
IRNOS DE VACACIONES POR 15 DÍAS
TIENE ALGÚN FUNDAMENTO EN LA REALIDAD
O ES OTRA DE ESAS FÁBULAS QUE ESCRIBES?



Caricaturas de Federico Arana

temporánea, es la relación del escritor con su mundo, el mundo moderno.

Los novelistas del siglo XIX, tanto en el aspecto público como en el privado, gozaban de alta consideración social; conocían "a todo el mundo", bien a causa de su fama en las grandes capitales o en su pueblo de provincia. Hoy día el escritor se ha especializado y se está volviendo una especie de máquina humana de escribir con un rendimiento mecánico tipo estándar. Una estandarización y especialización que alcanza su existencia social. El escritor de hoy día —y especialmente el joven escritor americano, señala Mary McCarthy— no ve más que a otros escritores; no conoce a nadie más. Su círculo social abarca a otros escritores y a sus novias, pero esas novias generalmente anhelan ser escritoras también. Si enseña en una universidad, sus colegas son escritores o, al menos, "publican", y sus estudiantes, igual que les ocurre a sus novias, están deseando escribir también.

Esto explica el fenómeno, que con frecuencia se ha considerado como algo desconcertante, del escritor que es autor de un solo libro, el escritor que tiene un arranque prometedor y después sólo puede repetirse o desaparecer. Este hecho no tiene nada de

desconcertante; escribió aquel libro antes de hacerse escritor, siendo todavía un ser corriente. Y aquí la paradoja: lo peor que puede ocurrir a un escritor hoy es convertirse en un escritor. Y esto es aún más fatal para el novelista que para otro cualquiera; el poeta puede sobrevivir a eso porque no necesita amplitud social para sus versos.

El aislamiento del escritor moderno es un hecho social y no solamente la culpa y el deseo del propio escritor. El no puede evitar ser "libresco", lo que le aísla de la sociedad, puesto que prácticamente los únicos lectores que quedan son los escritores, sus esposas y sus novias, los profesores de literatura y los estudiantes que esperan ser escritores.

Yo diría que la relación de la escritora con su mundo tiene una contrapartida pero sólo favorable en su apariencia externa. Tradicionalmente la mujer, y sobre todo la mujer casada está más arraigada a la comunidad; es difícil que pierda contacto con la realidad. Pero esta realidad cotidiana y doméstica no es a la larga un enriquecimiento sino un lastre: una exigencia de dividir y multiplicar su tiempo y atención en mil y un cuidados materiales que la distraen, la entorpecen, la limitan. Si por un lado pierde contacto con el mundo que la circunda al "especializarse", por así decirlo, por el otro se ve constantemente solicitada por multitud de quehaceres domésticos que la ahogan cerrándole más aún las puertas a ese mundo que en teoría deberían abrirsele gracias a su genérico arraigo a la comunidad.

"Siento que a las mujeres (escribe Elena Poniatowska) —escritoras o no— les cuesta tanto trabajo simplemente vivir, la adaptación es tan dura, que todas sus fuerzas se desgastan en eso tan misterioso y tan lleno de sorpresas que es el acontecer diario".

No deseo hacer un inventario exhaustivo de las mujeres que escriben en México. Para la poesía, tal vez sea útil echar una mirada a algunas antologías que, a pesar de las limitaciones que sabemos comporta necesariamente el trabajo de recopilación y selección, no dejan de ser en muchos aspectos sintomáticas e ilustrativas. La antología de Carlos Monsiváis: *La poesía mexicana del Siglo XX* reúne 45 poetas nacidos entre 1862 y 1940 y que publicaron evidentemente antes de 1966, fecha de la aparición del libro. De ese total de autores sólo 3 son mujeres: Margarita Michelena, Guadalupe Amor y Rosario Castellanos.

Poesía en movimiento, selección y notas de Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis, se reclama más como un experimento que como una antología. De los 42

poetas incluidos que publicaron entre 1915 y 1966 no hay más que cuatro mujeres: Rosario Castellanos y Margarita Michelena, seleccionadas también por Monsiváis, a cuyos poemas se añaden los de Isabel Fraire y Thelma Nava.

En el *Museo poético* de Salvador Elizondo publicado en 1974 aparecen Concha Urquiza y Ulalume González de León. Esta última no fue considerada en las anteriores antologías dado que su primer libro de poesía *Plagio* fue publicado en 1973.

Para las novelistas es difícil emprender este buceo en las antologías, como no sea fragmentos incluidos en compilaciones temáticas. Las antologías de cuentos seleccionan a algunas autoras significativas pero otras, igualmente importantes, no lo están.

No pretendo abarcarlas todas —novelistas, cuentistas, dramaturgas—, sólo haré una enumeración necesariamente arbitraria y aleatoria. Pienso, en primer término, en Rosario Castellanos, desaparecida no hace mucho, dueña de una vasta cultura y que lo mismo frecuentó la poesía que el relato, la novela, el ensayo o el teatro. Josefina Vicens y su única y excelente novela *El libro vacío* o el drama de la imposibilidad de escribir. Elena Garro, dramaturga, novelista, cuentista. Luisa Josefina Hernández, autora teatral y novelista prolífica, tal vez la que más. Guadalupe Dueñas, María Amparo Dávila, Inés Arredondo y Beatriz Espejo, destacadas cuentistas. Algunas de estas autoras —Josefina Vicens, Elena Garro e Inés Arredondo por ejemplo— hace varios años que no publican. Elena Poniatowska, que ha escrito dos libros entrañables: *Hasta no verte Jesús mío* y *La noche de Tlatelolco*, autora de cuentos, ensayos, crónicas, reportajes. Si algún personaje femenino existe en la literatura escrita por mujeres el de Jesusa Palancares tiene, sin duda, lugar primerísimo. Una asociación inmediata se establece: el personaje también real de Benita Galeana esbozado autobiográficamente.

Ulalume González de León, además de poesía, es autora de cuentos y ensayos. Julieta Campos, novelista, cuentista y ensayista: excelentes las dos. María Luisa Mendoza, novelista y periodista que ha dominado, además, la pantalla de la televisión en sus periódicas apariciones. Esther Seligson, narradora y ensayista, Marcela del Río, dramaturga y también novelista, Margo Glantz, ensayista que ahora incursiona en la varia invención. Recientemente Tita Valencia y Silvia Molina han publicado, cada una, un libro de narrativa. Como última revelación importante está María Luisa Puga, autora de una excelente novela, *Las posibilidades del odio*, y de cuentos publicados en revistas y suplementos; y Bárbara Jacobs, excelente cuentista que hasta ahora ha publicado casi clandestinamente.

Lo repito: no pretendo agotar la lista, sólo he querido destacar algunas de entre las más importantes. De cualquier forma no son muchas.

¿La producción literaria femenina tiene en nuestras letras un carácter particular que la distingue de la masculina? ¿Es legítimo decir con Marivaux que el estilo tiene un sexo y se reconoce a las mujeres por una frase? ¿Hay algún género particularmente frecuentado por la mujer? Creo que en términos generales hay menos mujeres poetas que narradoras como hay menos, también, hombres poetas que narradores. En cuanto a que el estilo tenga un sexo y se reconozca a las mujeres por una frase, no lo creo. Dice Octavio Paz que en la mujer "su feminidad jamás se expresa porque se manifiesta a través de formas inventadas por el hombre". La impostación masculina ha sido la dominante y podría decirse que, sobre todo la prosa, es unisex. ¿Puede haber, por otro lado, retratos más convincentes de la sensibilidad femenina que aquellos, con tanta frecuencia citados, que Tolstoi trazó de Natasha Rostova y de Ana Karenina? "Madame Bovary, c'est moi", dijo Flaubert, y no cabe duda que había mucho de Madame Bovary en él, o de él en Madame Bovary.

Tal vez las cartas o los diarios tengan una particular capacidad reveladora. En ellas se da lo concreto, la vida detenida en un momento preciso, cuando el tema de las novelas es justamente la fugacidad del mundo.

Virginia Woolf escribe a su cuñado: "una carta no es otra cosa que un delicado velo de cera prensado sobre la lámina de la mente" y, sin embargo, no se puede decir sin temor a errar que *Las cartas portuguesas* —esos textos torturados— hayan sido escritas por Mariana Alcaforada, la religiosa de Beja, o que éste fuera el seudónimo bajo el que se ocultó su verdadero autor, el cónsul de Francia en Constantinopla: Guilleragues, quien pudo también no ser más que el traductor francés.

Como quiera que sea, entre las obras de las escritoras antes citadas no hay cartas ni diarios publicados. Estos generalmente se hacen públicos a la muerte de sus autores.

En suma, creo de la actual producción literaria femenina en México se puede decir que cuenta con pocas y muy buenas autoras, que cubren todos los campos del quehacer literario pero que, cuantitativamente, su obra es más escasa que la de sus colegas masculinos.

. . . En efecto, cuando esa infinita servidumbre sea destruida habrá, cada vez más, mujeres que transiten todas las áreas del quehacer literario, y ya no será necesario plantearse interrogantes sectarios como ¿Qué escribe la mujer?